

GRAN SUPERTERROR

¿Un nuevo Edgar Allan Poe?

CLIVE BARKER

Ganador de los World y British Fantasy Awards

SANGRE

Electrizantes relatos de terror actual



«He visto el futuro del género de terror, y su nombre es Clive Barker»

STEPHEN KING

El nuevo gran maestro del terror. Ganador de los World y British Fantasy Awards.

Los relatos reunidos en este volumen han conmocionado a los lectores más veteranos de libros de terror, porque no repiten ninguno de los tópicos del género y cada historia abre las compuertas a una forma inédita de espanto. Así, la de la cuerda cuyos nudos sujetan fuerzas que no son de este mundo; la del hombre que fabrica, literalmente, su propio infierno; la del afrodisíaco que torna el éxtasis en una maldición...

«Lo que escribe Clive Barker crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años». —Stephen King

«Clive Barker es la primera voz auténtica de la próxima generación de autores de obras de horror». —Ramsey Campbell

A Alec y Con, y también a Julie

Agradecimientos

Muchas gracias a Doug Bennett, por llevarme a Pentonville y sacarme de allí el mismo día, y compartir más tarde conmigo sus visiones sobre las cárceles y su funcionamiento; a Jim Burr, por su imaginaria visita a White Deer, Texas, y por las aventuras de Nueva York; a Ros Stanwell-Smith, por su detallada y entusiasta descripción de las plagas y cómo iniciarlas; a Barbara Boote, mi incansable editora, cuyo entusiasmo ha resultado ser el mejor acicate de la inventiva.

Prólogo

«He visto el futuro del género de horror y su nombre es Clive Barker —escribió Stephen King después de haber leído los primeros relatos de este autor—. Lo que Barker hace con los *Books of Blood* —añadió— crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años. Algunos de sus cuentos me resultaron tan terroríficos, en el sentido más macabro del término, que literalmente no pude leerlos a solas».

El entusiasmo de King por su más flamante —y serio— competidor no tiene límites, y cada vez que se le presenta una oportunidad reincide en el panegírico. En una reseña que King publicó acerca de la Convención Mundial de Fantasía de 1983, se deshizo en alabanzas a Barker, a su imaginación, a la originalidad de sus temas y a los prodigios de su estilo: «No insufla un hálito de encanto a sus relatos, sino que lo incrusta a martillazos. ¿Queréis sentir os como Clive Barker se sintió cuando escribió los mejores de ellos? Tal vez no. Muy posiblemente moriríais víctimas del delirio. Estamos hablando de explosivos poderosos... Nunca, nunca en mi vida me he sentido tan cabalmente conmocionado por una colección de cuentos. Nunca dejé de lado uno de sus libros porque estaba solo y sabía que pronto debería apagar las luces... Nunca he experimentado una combinación parecida de repulsión, deleite y asombro... Aunque el relato sea de lo más horripilante, el texto te hechiza, te atrapa, y después te impulsa a seguir adelante... Los cuentos de Barker, simultáneamente surrealistas y naturalistas, representan lo mejor de la literatura de horror..., que tam-

bién es lo peor: son chocantes, demenciales, brutales, pasmosos, alegóricos, asimétricos, profundamente revulsivos y profundamente estimulantes... ¿Estáis aquí porque buscáis algo auténtico? Entonces estáis aquí para conocer a Clive Barker».

La enumeración de todos los elogios que ha recibido Barker a lo largo de su corta carrera llenaría, por sí sola, un volumen de grandes dimensiones. Elogios firmados, además, precisamente por aquellos que, como Stephen King, pueden pensar que Barker les está eclipsando del primer plano de la escena pública. Ramsey Campbell, que prologó algunos volúmenes de los *Books of Blood*, auguró que Barker revolucionaría la ficción de horror «como Stephen King la revolucionó en 1975», y más tarde, cuando ya se había producido el ascenso fulminante del nuevo escritor a la cima de la popularidad, el mismo Campbell sentenció: «Barker es un autor que está dispuesto a llegar hasta el fin hasta donde lo lleve la lógica de su imaginación. A mi juicio, es la primera voz auténtica de la próxima generación de autores de obras de horror».

Peter Straub no fue menos terminante. Durante la ya citada Convención Mundial de Fantasía de 1983, dijo desde la tribuna que los cuentos de Barker lo habían «asombrado por su originalidad y audacia». Y agregó, reflexivamente, en medio de las carcajadas del público: «Me han dejado jodidamente celoso».

La crítica literaria corroboró la opinión de los maestros del género. Michael Morrison escribió, en *Fantasy Review*: «Los cuentos de Barker son originales, turbadores, y tan inquietantes como los mejores de la literatura contemporánea. *Books of Blood* augura la aparición de un nuevo talento de primera categoría en la ficción de horror... La fuerza de su visión procede de su perspectiva consecuentemente tenebrosa del mundo, de sus horrores viscerales y gráficos, de los subtextos temáticos que enriquecen muchos de sus cuentos, y de su predisposición a correr riesgos... La imagi-

nación ilimitada de Barker triunfa sobre el realismo, la razón y la racionalidad, y crea un universo primitivo que es implacablemente hostil al hombre, un lugar peligroso donde el más decente de los actos puede generar las consecuencias más espantosas». Y el crítico del *Publishers Weekly* dictaminó: «Ciertamente, Barker está dominado por una de las imaginaciones más excéntricas de nuestro medio... Estas breves obras demuestran un talento fascinante para lo macabro».

No ha de sorprender, por tanto, que los premios hayan llovido sobre Clive Barker a lo largo de su breve carrera. En 1985 ganó el World Fantasy y el British Fantasy, o sea, los premios que corresponden a la fantasía mundial y a la británica. En 1986 *Publishers Weekly*, la revista más prestigiosa del mundo editorial norteamericano, colocó sus *Books of Blood* a la cabeza de los mejores libros de bolsillo de aquel año. John Mutter, autor de la selección, los definió como «cuentos de horror eclécticos y correctamente elaborados por un nuevo y refinado autor británico». Más no se podía pedir en tan breve lapso: en 1984 Sphere Books había publicado los primeros volúmenes de *Books of Blood* en Gran Bretaña, y su irrupción en la escena norteamericana se produjo en 1985. Con una salvedad adicional: en Estados Unidos, su editor se negó a encasillarlo en la colección de horror, y lo publicó en la de literatura general. «Es así de bueno —afirmó Ann Patty, vicepresidenta de la editorial Poseidon Press—. Atrae a un público mucho más numeroso que el adicto al género de horror. Creo que todo lector inteligente y culto reaccionará favorablemente, porque es en verdad fascinante».

Pero ¿quién es Clive Barker, y qué dice acerca de su propia obra? Barker nació en 1952 en la ciudad inglesa de Liverpool, cuna de los Beatles, fue a las mismas escuelas que John Lennon, y su rostro de querubín tiene un extraño parecido con el de Paul McCartney. Terminó sus estudios de filosofía en la universidad de Liverpool, y fue pintor y

dramaturgo antes de empezar a escribir ficción. Ahora se ha convertido en guionista de las películas inspiradas en algunas de sus obras.

Cuando le preguntaron qué fue lo que le impulsó a escribir cuentos de horror, responde: «En el género de horror subviertes lo que la gente piensa acerca de la mortalidad, la sexualidad y la política. Es un ámbito donde todo está a tu disposición, y me atrae porque aborrezco lo seguro, lo convencional. La ficción en general examina los estratos del mundo con criterio realista; la ficción de horror arremete contra ellos con una sierra eléctrica, corta la realidad en pedacitos y le pide al lector que vuelva a armarla. Es, una forma agresiva de redefinir lo que piensas acerca del mundo, y ésta es la causa de que a menudo la rechacen los críticos y los lectores. Puede maltratar brutalmente nuestra visión del mundo».

Barker atribuye la singularidad de su ficción de horror al hecho de que no está influido sólo por la literatura. «También me han afectado los cuadros de artistas como El Bosco y Goya, que forman parte de la tradición europea de pintura fantástica. No son sólo objetos que nos asustan: también están asociados a la exploración del inconsciente. Siempre me han fascinado».

Beth Levine, que lo entrevistó para *Publishers Weekly*, recoge su confesión de que influyeron sobre él películas como *Psicosis*, *La noche de los muertos vivientes* y *Viernes trece*. La truculencia vívida y gráfica de estas películas, explica Levine, es quizá la causa de uno de los rasgos característicos de Barker: éste nunca desvía la vista, aunque la escena sea extremadamente chocante. «Nunca me echo atrás —afirma Barker—. Para mí, ése es un artículo de fe. La buena ficción de horror siempre debe estar un paso más allá de los límites del buen gusto, para que el lector reciba la sensación de que el libro que tiene en sus manos es peligroso. La gente recurre a la ficción de horror para que ésta impugne sus tabúes, y a mí me gusta satisfacer este deseo. Casi

toda la ficción de horror empieza con una vida rutinaria que es desquiciada por la aparición del monstruo. Una vez eliminado el monstruo, todo vuelve a la normalidad. No creo que esto sea válido para el mundo. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros. Piénselo: no hay peores monstruos que las personas con quienes nos casamos, o con quienes trabajamos, o que nos han engendrado».

En otra entrevista concedida a Douglas E. Winter, de la revista *Twilight Zone*, Barker siguió desnudando sus motivaciones íntimas. «Mi anhelo de perversidad es tal vez un poco más completo que el de algunos de mis colegas escritores —confesó—. Quiero decir que si olfateo la predictibilidad de algo que estoy haciendo, inmediatamente me enfrió y dejo la pluma. Esto determina que mis cuentos sean un poco escandalosos para algunos gustos, pero también determina que los lectores aborden mis cuentos con la certeza de que se van a encontrar con algo que no se parece a ninguna otra cosa. Supongo que ésta es la cualidad que ha demostrado ser fructífera... Nunca me he autocensurado. Nunca he emprendido una indagación para después detenerme a mitad de camino al darme cuenta de que me lleva a algo más macabro de lo que puedo soportar. Nunca he eliminado ningún subtexto sexual de mi obra, en cambio, he tendido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias con mucho placer. Y nunca he supuesto que algo era demasiado pasmoso o extraordinario para mis lectores. Siempre he supuesto que son tan valientes, temerarios y morbosos como yo... La verdad es que no me encarnizo con lo sanguiinario. Me encarnizo con todo. Cuando mi relato es sanguiinario, es muy sanguiinario; cuando es sexual, es muy sexual; cuando es humorístico, es muy gracioso. No me gustan las medias tintas... Así que no creo ser un buscador de sangre. Soy un buscador de excesos. Me gusta llevar los cuentos, los hechos y los personajes hasta las últimas consecuencias. Me afligiría que mi público me leyera sólo para ver cómo

despedazan a la gente. Esto sería un poco como asistir a una función del *Rey Lear* sólo para ver cómo le arrancan los ojos a Gloucester».

Dicho lo cual, sólo cabe replegarse para dejar que Clive Barker abra la caja de Pandora de sus excesos innombrables.

EDUARDO GOLIGORSKY

LA POLÍTICA DEL CUERPO

Cada vez que Charlie George se despertaba, sus manos se quedaban quietas.

En ocasiones tenía demasiado calor bajo las mantas y arrojaba un par hacia el lado de la cama que ocupaba Ellen. En otras, llegaba incluso a levantarse, todavía medio dormido, y atravesaba descalzo la cocina para servirse un vaso de zumo de manzana helado. Luego volvía a la cama, se acostaba junto a Ellen, ovillada en forma de cuarto creciente, y dejaba que lo inundara el sueño. Entonces, ellas esperaban hasta que cerraba los ojos y su respiración se hacía acompasada como un mecanismo de relojería, para asegurarse de que se había dormido profundamente. Sólo entonces, cuando sabían que la conciencia había desaparecido, se atrevían a recomenzar sus vidas secretas.

Hacía ya meses que Charlie se levantaba con un incómodo dolor en las manos y las muñecas.

—Vete a ver al médico —le decía Ellen, poco comprensiva como nunca—. ¿Por qué no vas a ver al médico?

Detestaba a los médicos, por eso no iba. ¿Quién en su sano juicio iba a confiar en una persona cuya profesión consistía en andar figoneando a los enfermos?

—Probablemente he trabajado demasiado —se decía él.

—No caerá esa breva —murmuraba Ellen.

Pero ¿no era ésa acaso la explicación más probable? Era empaquetador de oficio, trabajaba con las manos todo el día. Y se le cansaban. Era natural.

—Deja de inquietarte, Charlie —le ordenó una mañana a su propio reflejo mientras se daba palmadas en la cara para despertarse—. Tus manos están en forma para lo que les echen.

Noche tras noche, la rutina era la misma; algo más o menos así:

Los George están durmiendo, el uno junto a la otra, en el lecho conyugal. Él, de espaldas, ronca suavemente; ella, ovillada a la izquierda del marido. Charlie apoya la cabeza en dos almohadas enormes. Tiene la mandíbula ligeramente caída y, bajo el velo surcado de venitas de los párpados, los ojos exploran una aventurera ensoñación. Esta noche tal vez sea bombero y entre heroicamente en el corazón de un burdel en llamas. Duerme y sueña contento, a veces frunce el ceño, a veces sonríe presuntuosamente.

Debajo de las sábanas se produce un movimiento. Lenta y cautelosamente, las manos de Charlie abandonan la calidez del lecho y salen al aire libre. Los dedos índices se doblan como cabezas pobladas de uñas al encontrarse en la curva del abdomen de Charlie. Se enlazan para saludarse, como compañeros de armas. Charlie gime en sueños. El burdel se le ha derrumbado encima. Las manos se aquietan inmediatamente, fingiendo inocencia. Al cabo de un rato, restablecido el ritmo uniforme de la respiración, comienzan la discusión de verdad.

Un observador casual, sentado al pie de la cama de George, podría considerar este intercambio como un síntoma de desorden mental en Charlie. La forma en que sus manos se retuercen y tiran una de la otra, dándose de palmaditas, o enzarzadas en una especie de disputa. Pero en sus movimientos existe claramente un código o secuencia, si bien espasmódico. Se podría llegar a pensar que el hombre dormido es sordomudo y que está hablando en sueños.

Pero las manos no hablan ningún lenguaje de signos reconocible, ni tampoco intentan comunicarse con nadie, sólo entre sí. Se trata de una reunión clandestina que mantienen exclusivamente las manos de Charlie. Allí estarán toda la noche, sobre su estómago, maquinando en contra de la integridad del cuerpo.

A Charlie no le pasaba del todo inadvertida la sedición que hervía en el extremo de sus muñecas. Abrigaba la torpe sospecha de que había algo en su vida que no funcionaba del todo bien. Tenía cada vez más la sensación de estar aislado de la experiencia corriente: como si se estuviera convirtiendo gradualmente en espectador de los rituales diurnos (y nocturnos) de la vida, más que en participante. Tomemos su vida amorosa, por ejemplo.

Nunca había sido un gran amante, pero tampoco sentía que tuviera que disculparse por nada. Ellen parecía satisfecha de sus atenciones. Pero en esos días se sentía como alejado del acto. Observaba cómo viajaban sus manos sobre el cuerpo de Ellen, tocándola con toda la íntima habilidad de que eran capaces, y veía sus maniobras como a gran distancia, incapaz de disfrutar de las sensaciones de calidez y humedad. No era que sus dedos hubieran perdido agilidad. Todo lo contrario. Últimamente, Ellen se había aficionado a besarle los dedos, diciéndoles lo inteligentes que eran. El elogio no lo tranquilizaba ni pizca. En todo caso, le hacía sentirse peor el pensar que sus manos daban tanto placer cuando él no sentía nada.

Existían otros síntomas de inestabilidad. Síntomas pequeños e irritantes. Había tomado conciencia de la forma en que sus dedos marcaban ritmos marciales sobre las cajas que él cerraba en la fábrica, y de la forma en que sus manos se habían aficionado a romper lápices, partiéndolos en trocitos antes de que notara lo que estaba, o más bien, estaban ellas haciendo, dejando astillas de madera y trozos

de grafito desparramados por el suelo de la sala de empaquetado.

Lo más incómodo de todo era que a veces se encontraba estrechándoles la mano a personas que le resultaban totalmente extrañas. Le había ocurrido en tres ocasiones diferentes. Una vez en la cola del autobús, y dos veces en el ascensor de la fábrica. Se dijo que no era más que la primitiva urgencia de aferrarse a otra persona en un mundo cambiante: era la mejor explicación que había logrado encontrar. Fuera cual fuese el motivo, era increíblemente desconcertante, sobre todo cuando se descubrió a sí mismo estrechándole la mano subrepticamente a su propio capataz. Lo peor de todo había sido que la mano del otro hombre había apretado la de Charlie, y que ambos se quedaron mirándose los brazos como los propietarios de dos perros que observaban a sus levantiscos animalitos copulando en el extremo de las respectivas traíllas.

Charlie había empezado cada vez con más frecuencia a espiar las palmas de sus manos, en busca de pelos. Ese era el primer síntoma de locura, según le había advertido su madre en cierta ocasión. No los pelos, sino el hecho de espiar para buscarlos.

Aquello se convirtió en una carrera contra el tiempo. Por las noches, discutiendo sobre su vientre, las manos sabían muy bien el estado crítico de la mente de Charlie; sería sólo cuestión de días, y su imaginación impetuosa no tardaría en descubrir la verdad.

¿Qué hacer, pues? ¿Arriesgarse a una separación temprana, con todas las consecuencias posibles, o dejar que la inestabilidad de Charlie siguiera su propio curso imprevisible, con el riesgo de que descubriera la conjura camino ya de la locura? Las discusiones se tornaron más acaloradas. Izquierda, como de costumbre, fue cautelosa:

—¿Y si nos equivocáramos y no hubiera vida después del cuerpo? —decía bruscamente, con leves golpecitos.

—Entonces, nunca lo sabremos —respondía Derecha.

Izquierda reflexionaba un momento acerca del problema y luego inquiría:

—¿Cómo lo haremos cuando llegue el momento?

Se trataba de una cuestión irritante, e Izquierda sabía que preocupaba al líder más que ninguna otra cosa.

—¿Cómo? —volvía a inquirir, aprovechándose de la ventaja—. ¿Cómo? ¿Cómo?

—Ya encontraremos la forma —respondía Derecha—. La cuestión es que el corte sea limpio.

—¿Y si él se resiste?

—Un hombre resiste con sus manos. Y sus manos montarán una revolución en su contra.

—¿Cuál de nosotras será?

—A mí me sabe usar más eficazmente —respondía Derecha—, de modo que seré yo quien empuñe el arma. Tú te irás.

Entonces, Izquierda permanecía un rato en silencio. Durante todos esos años nunca se habían separado. No era un pensamiento cómodo.

—Más tarde, vendrás a buscarme —le decía Derecha.

—Claro que lo haré.

—Tienes que hacerlo. Soy el Mesías. Sin mí no tendrás adónde ir. Has de reunir un ejército, y luego, has de venir a buscarme.

—Hasta el fin del mundo, si es preciso.

—No seas sentimental.

Entonces se abrazaban, como hermanos largo tiempo separados, jurándose fidelidad para siempre. ¡Ah, qué noches ajetreadas, llenas del alborozo de la rebelión planificada! A veces, durante el día, cuando habían jurado mantenerse separadas, les resultaba imposible no reunirse en un momento de ocio y darse golpecitos. Y se decían:

—Muy pronto, muy pronto.